EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9271

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6'50 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lafrette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

LEGÍA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osma; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Cañabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez; plaza de Sevillanos; Doa Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Ellano, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Foldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma. Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral, Cartagena.

LUNES 26 DE SEPTIEMBRE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispanoárabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

COLABORACION INEDITA.

PARÉNTESIS

«El Hughes», trasmitió ayer desde París la historia de un triple crimen; una tragedia del adulterio.

Juan Luna, el artista autor del *Spoliarium*, el pintor célebre que había recogido tantos lauros como veces había presentado en público su firma, bajo el peso de una ofensa, la más grave ofensa que puede inferirse en esta desventurada vida, ha disparado su revólver contra su esposa, su madre política y su cuñado, matando á la segunda, é hiriendo gravemente á su compañera y al hermano de ésta.

La tragedia, por las circunstancias de que se halla rodeada, es digna de figurar en cualquier final de folletín de Montepín, y así se explica la sensación producida en París entre las gentes acostumbradas á los crímenes cometidos por Pranzini, Prado, Anastay y tantos otros criminales.

Hay quienes justifican, y aun aplauden la decisión del desgraciado Luna, y se comprende, si bien no somos nosotros los llamados á hacer más justicia que la callejera ó de sobremesa.

No hay que entrar en detalles, ni debemos examinar las circunstancias penales.

Quédese esto en buen hora para el fiscal que ha de encargarse de la acusación.

Nosotros los *insensatos*, como nos llamarán, seguramente los amantes de la justicia histórica, nos fijaremos en la causa única que ha empujado al pintor filipino, por la escala de la desgracia: una mujer amada por su esposo hasta la exaltación, que comete un delito repugnante arrastrando por el lodo al sér que para ella vive, que por ella se afana y que á ella le dio su nombre.

Una mujer que confiesa su falta y que obtiene el perdón del hombre á quien ha convertido en juguete de burla de sus conocidos y que finalmente reincide, al parecer más, aun, que no consiente en abandonar á su amante, exponiéndose á que el esposo con un pequeño hijo, fruto de este matrimonio desigual, la abandone; á una mujer así le está bien empleado lo ocurrido con la esposa de Luna.

Un gran asunto para un drama, pero seguramente en la escena no lo permitiría ese público que encuentra inmoral el drama de Galdós *Realidad*.

Luna perdido para el resto de sus días.

Todas sus vijilias de tantos años, todos los triunfos alcanzados en porción de certámenes artísticos, la gloria que le rodeaba, todo, en fin, se ha venido abajo como castillo de naipes.

Ese mismo público que la primavera última admiraba sus talentos en el *Salón Parés*, acudirá mañana á la *Cour de Assises* á seguir con interés creciente los detalles melodramáticos á que dará lugar la vista de este interesantísimo proceso.

Allí el tribunal de derecho, los magistrados desempeñando su característico papel, el procurador general con sus palabras acusadoras, acaso el acusador privado conducido ante el tribunal, subvencionado tal vez por la esposa criminal, y el público, personage importantísimo en estos sucesos.

¡Qué gran cuadro!

El procesado, en su banquillo, tranquilo, sonriente, contestando con serenidad todas las preguntas que se le hagan, y por encima de todo, incluso del tribunal de derecho, los jurados, doce ciudadanos, alguno de los cuales habrá concluido de dejar su trabajo material para administrar justicia.

¡Qué sublimidad!

¡Qué hermoso cuadro podía pintar Luna, después de absuelto!

Hace poco madame Raymond, era absuelta en el proceso que se le siguió por dar muerte á una amiga que la engañaba con su esposo.

Mañana el Jurado dictará veredicto de inculpabilidad en el proceso comenzado á instruirse contra Luna, declarando que este desgraciado artista, ha cumplido con su deber.

Y en medio de esta tragedia, levántase un ángel, producto de los dos años del matrimonio de Luna. Una verdadera víctima, que en tanto su papá recuerda con horror el pasado en el departamento de una cárcel, y la que le dio el sér lucha entre la vida y la muerte en un hospital, la criatura sonríe durmiendo placenteramente el sueño de los serafines.

JOSE JERIQUE.

Madrid 24 Septiembre.

LA CASUALIDAD

(MONÓLOGO.)

¿Cómo aprendí yo á pintar? No lo recuerdo á punto fijo. Desde muy chiquito la palabra reveladora del divino arte quedó grabada en mi mente, como decían los oradores del antiguo régimen parlamentario.

«Te pintas sola para mentir,» decía mi mamá á la criada, cada vez que me veía un chichón en la frente. Me has dicho, embustera, que al niño no le había ocurrido nada más que darle un beso...

—Sí, un beso en una piedra saliente, contestaba con intrepidez la doméstica. Y mientras la disputa proseguía, daba vueltas en mi débil cerebro la palabra pintar con todos los anhelos, impaciencias y sobresaltos de la vocación manifestada prematuramente.

Más tarde ví que se pintaban mis hermanas. En sus tarros de colorete mojé muchas veces mis primeros pinceles. A esta circunstancia se debe que uno de mis ensayos sea un paisaje con cielo de vinagrillo de rosa, que á su color de carmín reune otra cualidad poética: la de estar perfumado.

Luché heroicamente contra la oposición de mis padres, obstinados en combatir la revelación de mi genio.—«Tú no serás más que un pintamonas,» me decía mi papá muy irritado porque concedía más atención á la pintura que al grado de bachiller.—¡Un pintamonas! añadía mi madre. ¡Qué más quisiera este muchacho! Así podría hacer el retrato de las vecinitas de enfrente, que asoman la cabeza por el cortinón, lo mismo que los caracoles sacan la gaita.

Estas cucbufletas no me desanimaban. El talento tiene eso. Confía siempre en el porvenir, por desagradable que sea el presente. Además contaba con el apoyo incondicional y valioso de mi pobre abuela. Era mi ángel tutelar, un ángel con asma y sin dientes ni muelas.

—No meterse con el muchacho y dejarle seguir el arte de Apeles.

—Es que ese señor, replicaba mi papá, no pintaba ojos como los pinta este pijotero. Ojos que parecen ojales de chaqueta, ojos que están pidiendo un botón con toda urgencia.

—Calla y ten más juicio, decíale la buena vieja. ¿Acaso no has visto ojos humanos parecidos al submarino Peral? Ojos peores que las caretas caseras hechas de tafetán barato por las cursis que se disfrazan?

Exaltábase mi padre, con aquel geniazo que Dios le había dado. Pero, señora, gustaba como un endemoniado; ¿qué triunfos puede conseguir un joven que pinta paisajes con cielos de membrillo cocido? Por supuesto si lo he sorprendido mezclando á los colores agua de vejeto.

—¿Para qué haces esto? le pregunté admirado. Y me contestó con la mayor inocencia:

—Es para ver si de este modo me salen mejor las nubes cenicientas.

Mi abuela ponía término á tales diálogos, mandándolo á la escuela, con su autoridad de ochenta años y la impunidad de ser dos veces madre.

Algunas veces me dejaba perplejo. Días antes de su muerte me dijo examinando á través de los anchos cristales de sus gafas:

—Está perfectamente hecho ese crepúsculo vespertino. Se vé anochecer en tu lienzo de tal modo, avanzan y se extienden con tal fidelidad, con tan grande exactitud, las sombras de la noche, que dan ganas de rezar el Ave María y hasta me parece oir el eco de la campana tocando á la oración de la tarde.

—Pero, abuela, gritaba yo, sin ocultarle mi disgusto, si no es una puesta de sol como usted cree.

Este asunto representa la hora en que el sol llega al zénit. Es mediodía, hace calor, es en la canícula, hay plétora de luz, según decía un catedrático de física, muy gordo.

La pobre limpiaba las gafas humedecidas por sus lágrimas, y me decía con su voz cascada, que en mis oidos sonaba como cariñoso arrullo. No te enfades, hijo de mi alma. La equivocación es debida al crepúsculo de mi mirada que se apaga. Son las malditas cataratas para las cuales no hay cristales de vista cansada.

La verdad es que después de este episodio dudaba yo de la refulgencia de mi sol canicular que mi abuela creyó ver en el ocaso.

Llegó la hora en que me atreví á presentar un cuadro en la primer exposición artística que se inició en la ciudad. No quise por modestia presenciar el éxito de mi cuadro. El día que el jurado emitió su dictamen vino á verme un amigo que tuvo noticias de mi gran triunfo.—Alégrate, chico, me dijo gozoso, tu cuadro de tomates ha conseguido una primera medalla.

—Pero si son rosas lo que yo he pintado. Rosas de olor, encendidas, coloradas, rosas de las de á libra.—Pues por eso el jurado sin duda las ha tomado por tomates gordos. Y como al presidente del jurado le gustan tanto los revoltillos.

La indignación estuvo á punto de ahogarme. Tenga usted un espíritu poético, plante usted un rosal y que le resulten hortalizas. ¿No es para darse á todos los demonios?

Pero el hombre propone y la casualidad dispone. A una señora inglesa que había venido á restablecer su quebrantada salud, le gustaban mucho los pistos manchegos y las ensaladillas andaluzas. Se *prendó* del cuadro de los tomates y además de comprarlo como si fueran camelias, quiso conocer al autor.

La ví, me miró y me amó. Creo en la predestinación desde entonces. La inglesa es viuda y millonaria, tiene en Londres palacios, coches, y lo que vale más, algunas minas de oro en California. Quiere ser mi esposa y dentro de poco seré, Dios mediante, lord adjunto ó cónyuge mimado por la fortuna. ¡Si viviera mi pobre abuela, cómo se alegraría con este gran triunfo de mi pincel Porque mi cuadro de los tomates me eleva á la cúspide á donde en cuestión de riquezas no llegaron los genios antiguos y modernos. Y eso que el jurado cometió una injusticia. Si se fija en que eran rosas ¡oh! entonces es probable que hubiera emparentado con la familia real de la Gran Bretaña y sus Indias.

Antonio Fernández y García.

MICROSCÓPICAS

CELOS NO SON AMOR

I

No llores... Enjuga esas lágrimas, que creo sinceras... Ya ves que no soy tan escéptico que suponga que lloran siempre las mujeres por representar una comedia... ¡A veces lloran la realidad de un drama en el que intervienen como protagonistas!... Pero tú, en esta ocasión, exagerando una pena que no existe, llegas amargamente á sospechar que mi conducta para contigo es la de un celoso... ¿Yo Otelo?... Y soy de los que opinan que los labios de la mujer sólo saben besar amorosos á un hombre; al primero que se rindieron; al primer Colón que para ellas descubre un mundo desconocido de sensaciones y alegrías... Y tú—si no miente esa boca, delicioso abismo en donde sepulto tantos y tantos suspiros de dicha—aseguras que yo, y solamente yo, soy el primer dueño de tus caricias y amores... Eso dices, y tus labios, al detenerse en los míos, confirman el dicho... Seca esas lágrimas que cruzan el campo rosa y nácar de tus mejillas... Brillen en toda su plenitud los celestes rayos que emanan de tus ojos, y no hagas que lleguen hasta los míos como los resplandores tristes de un sol de invierno apresado entre nubes plomizas...

II

Tú no sabes... ¿qué has de saber pobre niña? lo que la palabra «celos» representa... ¡Si lo supieras, no serías para con nuestro cariño tan injusta!... Celos... ¿debo decírtelo?... Sí. Te haré pintura de esa funesta pasión del alma, que convierte en su esclavo al que la padece... Esclavo tristísimo que, en vez de romper las ligaduras que le sujetan al tormento roedor de la duda, él mismo remacha los eslabones, y cuanto más libre quiere verse, más sujeto se encuentra... Eterno Sísifo, condenado á empujar la piedra de la inquietud desde lo bajo á lo alto de la montaña de la felicidad, sin que jamás halle descanso... Ya ves cuán digno de lástima es el que sospecha de la persona amada, y cómo vive, cargado con el bagaje de aprensiones ridículas para el que las analiza, pero para él de resultados funestos y de un peso abrumador... Padece una enfermedad que le sume en la más desesperada atolmía... ¡Y aún hay quien proclama como axiomático el refrán «Quien bien quiere, celos tiene!...» ¡No! ¡Eso es imposible!... ¿Amor con tormentos?... Valía tanto como parodiar en un infierno la gloria...

El que bien ama empieza por tener fe sin límite en el objeto de su amor: le supone lleno de todas las perfecciones y no le injuria con la sospecha de que pueda en ningún momento serle infiel... ¡Precisamente el amor es un gran optimista que siempre lleva puestos los anteojos color de rosa!... Consulta á tu corazón, amada mía, y dime si la duda hacia mi cariño acelera sus movimientos... ¿Verdad que no?... Contesta... ¿Lo ves?... Si así no fuera—¡es cierto!—no me amarías. Lo único que padecen los amantes es de una vaga inquietud: temen que un algo imprevisto entorpezca su armonía y desequilibre los afectos... Es la duda, que siempre preside en los grandes goces anímicos... En las horas en que la conciencia hace el papel de mamá previsora, se piensa en que acaso el niño de Venus nos haga una jugarreta... De esto no pasa... ¿Qué cosa, por bella que sea, no ofrece sombras?... ¿Qué cielo hubo nunca tan límpido que no lo manchase una diminuta nubecilla?... El exceso de pasión puede conducirnos á un estrabismo momentáneo, no á una pertinaz ceguera. Un amante temerá perder su tesoro; pero suponer que éste se entrega ó pueda entregarse á otro, ¡jamás!... Tranquilízate, hermosa; cristal es el amor que los celos no lo empañan; lo pulverizan...

El orgullo, el ansia de poseer lo que no se rinde, la envidia del bien ajeno, todo conspira para que en la mayoría de